



Respuesta al discurso de don Alejandro
Fuenzalida Grandón
por don Julio Vicuña Cifuentes.

Señores:

Grato i fácil es para mi el encargo con que me ha honrado la Facultad de Filosofía i Humanidades, de dar la bienvenida, a su regreso a ella, al antiguo miembro docente, hoi académico, don Alejandro Fuenzalida Grandón. Grato, porque, aunque nuestras afines, pero alejadas ocupaciones, no han consentido el trato frecuente, una buena amistad nos ha unido desde los días ya lejanos de la juventud. Fácil, porque los méritos del señor Fuenzalida son suficientemente conocidos; lo que ahorra toda menuda información, i reduce mi tarea al recuerdo sucinto de su labor intelectual.

Una vigorosa intelijencia, secundada por un gran-

de espíritu de trabajo, fueron las cualidades con que el señor Fuenzalida atrajo sobre sí la atención de los que le conocieron en las aulas. Su robusta voluntad i la índole misma de su talento, serio, analítico, reposado, le llamaban a triunfar en la vida, cualquiera que fuese el campo que eligiera para desarrollar sus aptitudes i actividades. No tenía bienes de fortuna, pero habría podido adquirirlos, si allá le hubieran llevado sus ambiciones, en la práctica de una profesión que nunca ha ejercido. Pudo también crearse una situación política, llave mágica que abre todas las puertas; pero, con mejor o peor acuerdo, que sobre esto no he de pronunciarme, optó por la carrera de las letras, si carrera es posible llamar a esa quimera, forjada por una jenerosa obsesión, que, entre nosotros, condena al individuo al desconocimiento actual, sin otra expectativa, cuando más halagüeña, que la de un reconocimiento póstumo, que no aprovecha al triste que se va ni a los suyos que quedan.

Veintidós años contaba apenas el joven Fuenzalida en 1887, cuando la Universidad abrió un concurso literario, cuyo tema estaba glosado así: «La novela social contemporánea, ¿podrá ser invocada en el porvenir como fuente de información acerca de las costumbres i de las ideas de nuestra época?»

Este complicado problema, que tal vez no admite una solución tan definida como parecía quererla la encuesta universitaria, apasionaba intensamente por aquellos días, a los partidarios del nuevo arte de novelar i a los que abominaban de él. Fuenzalida se inclina a contestar afirmativamente, aunque con discretas reservas, la pregunta antes trascrita; pero no estriba en esto el mérito principal de aquel ensayo juvenil, ni

siquiera en la variada cultura, superior a sus años, de que allí el autor da muestras, sino en el método que sigue, que denuncia la prematura madurez de su inteligencia. En esa breve monografía, que fué premiada, está algo más que en cierne el investigador sagaz i laborioso de más tarde.

I este más tarde estaba mui próximo, como que dos años después, en 1889, Fuenzalida obtuvo también el premio, en un certamen de institución particular, con su libro *Lastarria i su tiempo*, que como ejecución, es, a mi juicio, el mejor de los suyos. La compleja personalidad de Lastarria aparece ahí perfectamente estudiada, no con la dócil pluma del panejirista incondicional, como es de temer en esta clase de obras, sugeridas, en cierto modo, por el entusiasmo de un devoto o de un amigo, sino con la independencia de criterio del que realiza una labor en que está interesada, no menos que la conciencia del biógrafo, la fama póstuma del hombre a quien va a juzgar, que aparecería rebajado a sus propios ojos, si para enaltecerle necesitara echar mano de artificiosos recursos.

Al examinar la primera memoria histórica de Lastarria, intitulada, *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile*, dice Fuenzalida que se advierte en ella —voi a espresarlo con palabras suyas— «un dej, de hostil apasionamiento hacia la madre patria. . . i un propósito sistemático de buscar, antes que la rigurosa verdad histórica, la comprobación de una tesis preconcebida, de hallar malo todo, todo lo que de España venga, i de atribuirle sistemas brutales de dominación, como fruto esclusivo i único de su invención» . . .

Justísimas son sin duda estas objeciones, que cual-

quier autor de hoy prohiaría de buen grado; pero hace treinta años, cuando Fuenzalida escribía, sonaban tal vez a cosa peregrina, como que en tales materias imperaban las ideas apasionadas de nuestros viejos e ilustres historiadores, algunos vivos entonces, i otros poco tiempo há fallecidos. La añeja canción antiespañola, estaba, pues, en Chile i en otras repúblicas del continente, casi en los labios de todos, i todavía Bourne no había escrito su obra *Spain in America*, en que hai capítulos de tan reparadora justicia histórica, como los que con el título de *El réjimen colonial de España en América*, ha traducido el rector de esta Universidad, don Domingo Amunátegui Solar.

Fuenzalida da, en suma, a la personalidad de Lasterria, todo el relieve que tiene en su leal sentir, i no escusa rectificar, cuando viene a cuento, las autoapreciaciones del escritor de los *Recuerdos Literarios*. Por lo demás, el libro de nuestro compañero corresponde ampliamente a su título, pues hai también en él una copiosa información sobre medio siglo de vida literaria chilena.

Cuatro años más tarde, en 1903, publicó su *Historia del Desarrollo Intelectual en Chile*, obra de gran erudición, como todas las suyas. Es posible que a algunos no satisfaga, como nos sucede a nosotros, el plan seguido por el autor, por considerar que aunque están ahí todos los elementos para construir el cuadro de nuestro desarrollo intelectual, no está el cuadro mismo, o por lo menos no se destaca con la claridad, casi diríamos con la plasticidad que debiera. De esto tiene la culpa la manera un tanto caprichosa como el autor distribuyó la materia; pero nadie osará desconocer que en cada una de sus páginas está manifiesta la

tarea de un poderoso investigador, que sabe seleccionar lo que investiga, sin que le ofusque i desorienta en la elección, la inmensa cantidad de datos que le sale al paso.

Ninguno podría imaginar, de atenerse al título de la obra, lo que hai encerrado en ella. Sería de creer que aquel formidable volumen de seiscientas grandes pájinas, capaz, por esto sólo, de poner miedo en el más valeroso, está lleno con la historia seca i escueta de nuestra evolución intelectual, i atiborrado, además, de documentos estadísticos, indispensables, dentro de cierta medida, en un trabajo de esta especie, pero que, por su natural aridez, son más para consultados que para leídos. Pues los que esto crean, se engañan, i desestiman la ocasión de saber peregrinas noticias sobre uno de los asuntos menos averiguados en los archivos i cronicones: el de la vida social en el período más extenso e interesante de la historia patria —*La Colonia*— que fué en el que se forjó nuestra nacionalidad.

Este libro de Fuenzalida es una contribución preciosa a la historia social de Chile, obra de capital importancia que todavía está por hacerse, porque sólo fragmentariamente i como de paso ha sido tratada por nuestros eruditos, lerdos para comprender que la historia social i la historia política de un país se compenetran de tal modo, que es imposible explicarse una de ellas sin la concurrencia de la otra. Por lo que hace a la historia misma de la enseñanza i del desarrollo intelectual de Chile en la época colonial, el libro de Fuenzalida, i el que en 1905 publicó don José Toribio Medina, con el título de *La Instrucción Pública en Chile*, diríamos que «agotan la materia», si tuviéramos

menos horror a estas frases hechas, que a veces, empero, no es fácil reemplazar con ventaja.

En 1906, Fuenzalida publicó *La Evolución Social de Chile*, de la que el autor dijo en una breve advertencia preliminar: «Este tomo, si bien desligado por su plan e independiente por su materia, de la *Historia del Desarrollo Intelectual en Chile*, dada a la estampa en 1903, forma sin embargo su complemento en alguno de sus capítulos, i su continuación lójica en alguno de sus tópicos. En realidad, las materias de aquel i de este volumen, se dan la mano i se ausilian recíprocamente».

Esto dice el autor, i es la verdad, i por lo mucho que el libro me atrae, es por que lamento que no quepa en el recuerdo que hago ahora de él, ni siquiera una sumaria descripción,—difícil, por otra parte, de trazar en pocas líneas,—que pondría de manifiesto su enorme interés para el estudio de la composición étnica de la sociedad chilena. Sin embargo, he de decir que en esta obra i en la *Historia del Desarrollo Intelectual*, descontadas las materias que rigurosamente les pertenecen, hai todavía valiosas contribuciones para otros libros, sobre asuntos tan importantes como hasta ahora mal apreciados.

I permitidme, señores, una breve digresión.

Siempre he creído que si nuestros jóvenes intelectuales que gustan del cultivo de la historia, se avinieran a dejar el camino antes triunfalmente recorrido por los viejos i gloriosos maestros, i ensayaran abrir nuevas sendas, sin más fatiga, en muchos casos, que leer con designio i criterio propios la documentación ya conocida, harían obra honrosa para ellos i útil para nuestro país. I no debe retraerlos de esta labor, el

pensar que esos papeles han sido aprovechados por los otros, porque con las fuentes históricas sucede lo que con las flores, en las que pueden libar muchos insectos, para estraer de ellas el jugo distinto que cada uno busca.

Nuestra juventud intelectual debe, pues, leer esa documentación, i acrecentar el acervo con lo que su diligencia logre allegar; eso sí que propendiendo siempre a estudiar fases nuevas de nuestra historia, no a repetir las ya estudiadas, so pretexto de pueriles rectificaciones.

Esto, ya no más, que sobra con lo hecho. Así, por lo menos, lo estimo yo, que tal vez juzgo de estas cosas con el criterio empírico del vulgo; por lo que no estrañaréis que me arriesgue a decir todavía, con peligro de sentar plaza de mentecato, que, para mí, tendría más interés histórico el relato de la boda de una pareja de esclavos en el siglo diez i siete, que una nueva versión del *Abrazo de Maipú*, en la que el autor, rectificando, probara con documentos irrefutables, hasta entonces desconocidos, que fué San Martín i no O'Higgins el que abrazó primero.

Este afan de menuda rectificación esteriliza muchos esfuerzos, al paso que la mitad de nuestra historia, es decir, todo un aspecto de ella, continúa en la penumbra. Las dos obras de Fuenzalida a que vengo refiriéndome, son buena muestra de lo que puede hacerse en esta materia, i el que quiera emprender estudios parecidos, hallará en ellas, i en otras de Vicuña Mackenna, Amunátegui, Barros Arana, Errázuriz i Medina, noticias preciosas, en su mayoría sólo unilateralmente aprovechadas hasta ahora.

En 1913 publicó nuestro compañero su libro *La Enseñanza en Alemania*, fruto maduro de un viaje que hizo a Europa, durante el cual desempeñó una comisión de nuestro Ministerio de Instrucción Pública; i en 1919, su por todo extremo interesante monografía *El Trabajo i la Vida en el mineral «El Teniente»*. A este caudal hai que agregar los numerosos artículos sobre asuntos mui varios, que Fuenzalida ha dado a luz en las revistas i en la prensa periódica, i su importante labor en la edición oficial de las obras de Lastarria i de Barros Arana.

Sobre el discurso que le acabáis de oír, ¿qué puedo yo deciros que vosotros no lo sepáis mejor?... En él ha reunido Fuenzalida todas las noticias que aquí tenemos de nuestro gran novelista, i ha estudiado con amor i sagacidad la persona i la obra de don Alberto Blest Gana, tan hidalga aquélla, como ésta simpática i meritísima para todos nosotros. Ya en su primer trabajo—*Valor histórico de la novela social contemporánea*—había Fuenzalida esbozado un breve juicio sobre Blest Gana; pero estábamos entonces en 1889, i ni aun podía suponer el autor de esa monografía, que nuestro ausente novelista pensara en reanudar su obra literaria, interrumpida desde 1864. Sólo ocho años después de impreso aquel estudio, publicó Blest la que Fuenzalida estima su mejor novela—*Durante la Reconquista*—i ya habéis oído con qué razonado entusiasmo acaba de juzgar en su discurso, tan interesante como ameno, la personalidad del egregio novelista.

I dicho esto, sólo me resta dar la bienvenida a don Alejandro Fuenzalida Grandón, en nombre de la Fa-

cultad de Filosofía i Humanidades—antiguo hogar suyo—a la cual vuelve ahora, llamado por sus compañeros, después de una breve ausencia.

JULIO VICUÑA CIFUENTES.
